



LIBRO NONO.



Conferencias de Moteuczoma con Cortés. Prision de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y de otros señores. Suplicio atroz de Cuauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernan Cortés, y derrota de Pánfilo Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de México contra los españoles. Muerte del rey Moteuczoma. Combates, peligros, y derrota de los españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los españoles á Tlaxcala. Eleccion del rey Cuitlahuatzin. Victoria de los españoles en Tepeyacac, en Xalatzinco, en Tecamachalco y en Cuauquecholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rey Cuitlahuatzin, y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitzcatzin. Eleccion en México del rey Cuauhtemotzin.



PRIMERA CONFERENCIA Y NUEVOS REGALOS DE MOTEUCZOMA.

DESPUES de haber comido los españoles, y dispuesto cuanto convenia á su seguridad, volvió á visitarlos el rey con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salió á recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar tambien á Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pié. Cortés le manifestó su gratitud con espresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso,

lo interrumpió Moteuczoma con estas palabras.

“Valiente general, y vosotros sus compañeros, todos mis cortesanos y domésticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos. Decian que erais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad, y que lanzabais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que erais monstruos ar-

rojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas, en el color y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son mas que ciervos mas corpulentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos son unas cerbatanas mejor construidas que las comunes, cuyas bolas se despiden con mas estrépito, y hacen mas daño que las de aquellas. En cuanto á vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos y generosos, que tolerais con paciencia los males, que no usais de rigor sino con los que escitan vuestro enojo con su enemistad, y que no os servís de las armas, sino para la justa defensa de vuestra persona. No dudo que vosotros igualmente habreis desechado, ó desecharéis, las falsas ideas que de mí os habrá dado la adulacion de mis vasallos, ó la malevolencia de mis enemigos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses que se adoran en esta tierra, y que tomo, cuando quiero, la forma de leon, de tigre ó de otro cualquier animal; pero ya veis (y al decir esto se tocó un brazo, como para hacer ver que estaba formado á guisa de los otros hombres) que soy de carne y hueso como los demas mortales, aunque mas noble que ellos por mi nacimiento, y mas poderoso por la elevacion de mi dignidad. Los Cempoaltecas, que con vuestra proteccion se han sustraído á mi obediencia (aunque no quedará impune su rebelion), os habrán hecho creer que los muros y los techos de mi palacio son de oro; pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno de mis palacios, y ya veis que los muros son de cal y canto, y los techos de madera. No niego que son grandes mis riquezas; pero las aumenta la exageracion de

mis súbditos. Algunos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero ellos llaman tiranía al uso legítimo de mi autoridad, y crueldad, á la necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por una y otra parte todo concepto desventajoso ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del gran monarca que os envia, aprecio su amistad, y ofrezco á su obediencia todo mi reino; pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos, y de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debian venir de la parte de Levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trages y costumbres, y que al fin serian señores de estos paises. Nosotros no somos originarios de ellos: hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las regiones setentrionales, y nuestro dominio no ha sido hasta ahora, sino como lugar-tenientes de Quetzalcoatl, nuestro dios y legítimo señor.”

Cortés respondió dándole gracias por los singulares beneficios que de su mano habia recibido, y por el concepto ventajoso que de los españoles habia formado. Díjole que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual, aunque podia aspirar á algo mas, como descendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpetua con su magestad y con sus sucesores: que el fin de su embajada no era quitar á nadie lo que poseia, sino anunciarle la verdadera religion, y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno y hacer felices á sus vasallos; lo que haria en otra ocasion, si su magestad se dignaba concedérselo. Aceptólo el rey, y habiéndose informado del grado y condicion de cada uno de los españoles, se despidió, y de allí á poco les envió un gran regalo, que consistia en ciertas alhajas de oro y tres cargas de preciosos trages de pluma, para cada uno de los capitanes, y dos de trages de algodón para cada soldado. Tan felices principios hubieran podido asegurar á los españoles la pacífica posesion de aquella vasta monarquía,

si se hubiesen dejado conducir mas bien por la prudencia, que por el valor (1).

VISITA DE CORTÉS AL REY.

Al dia siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rey, mandó á pedirle audiencia, y la obtuvo tan prontamente, que los mismos que le llevaban la respuesta, eran los introductores de embajadores que debian conducirlo, é instruirlo en el ceremonial de la corte. Vistióse Cortés de las mas vistosas galas que tenia, y condujo en su compañía á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y Ordaz, y cinco soldados de su ejército. Llegaron al real palacio por en medio de un gentío innumerable, y al entrar por la primera puerta, los que lo acompañaban se ordenaron en dos filas, pues el entrar de tropel se creia falta de respeto á la magestad. Despues de haber pasado por tres patios, y por algunas salas, á la última antecámara, para llegar á la sala de audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores que estaban de guardia, y obligados á descalzarse y á cubrirse las galas con ropas groseras. Cuando entraron á presencia del rey, este dió algunos pasos hácia Cortés, lo tomó por la mano, y mirando á todos los demas con semblante agradable, les hizo tomar asiento. La conversacion fué larga y sobre diversos asuntos. El rey hizo muchas preguntas, tanto sobre el gobierno político, como sobre las producciones naturales de España; y Cortés, despues de haberlo satisfecho en todo, se introdujo á hablar de religion. Espúsóle la unidad de de Dios, la Encarnacion del Verbo, la crea-

[1] El docto y juicioso P. Acosta, hablando de esta primera conferencia de Moteuczoma, dice: "Muehos son de opinion, que atendido el estado de las cosas en aquel primer dia, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicales la ley de J. C. con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos, y muchos eran los pecados de ambas naciones: por lo que no sucedió lo que debia esperarse, aunque al fin cumplió Dios sus designios de hacer misericordia á aquellas gentes, despues de haber juzgado y castigado á los que lo merecian."

cion del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia á los justos, y las penas eternas á que condena á los pecadores. Despues ratiocinó sobre los ritos del cristianismo, y particularmente sobre el incruento sacrificio de la misa, comparándolo con los inhumanos que practicaban los Mexicanos, y declamando fuertemente contra la bárbara crueldad de inmolar víctimas humanas, y de alimentarse de su carne. Moteuczoma respondió que en cuanto á la creacion del mundo estaban de acuerdo, pues lo mismo que Cortés referia, habian oido de boca de sus antepasados; que por lo demas sus embajadores lo habian informado de la religion que los españoles profesaban. "Yo no dudo, dijo, de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para España, nuestros dioses son tambien buenos para los Mexicanos, como lo ha hecho ver la esperiencia de tantos siglos. Escusad, pues, el trabajo de quererme inducir á dejar su culto. En cuanto á los sacrificios, no sé por qué se ha de censurar el que se sacrificuen á los dioses los hombres que, ó por sus delitos, ó por la suerte que han experimentado en la guerra, están destinados á sufrir la muerte." Aunque Cortés no logró persuadir á Moteuczoma la verdad de la religion cristiana, obtuvo, sin embargo, segun dicen, que no se volviese á servir á su mesa carne humana, ó porque con las razones de Cortés se despertase en su ánimo el natural horror que debe inspirar, ó porque quisiese complacer á lo ménos en aquella condescendencia á los españoles. Dió ademias en aquella ocasion nuevos testimonios de su magnificencia, regalando á Cortés y á los cuatro capitanes algunas alhajas de oro, y diez cargas de trages finos de algodón, y á cada soldado un collar de oro.

Habiendo regresado Cortés á sus cuarteles (que así llamaremos de ahora en adelante al palacio del rey Axayacatl, en que se alojaron los españoles), empezó á reflexionar sobre el peligro en que se hallaba en el centro de una ciudad tan fuerte y populosa, y resolvió conciliarse el afecto de los nobles,

con una buena conducta, con modales obsequiosos y amables, y mandó á su gente que se comportasen de manera que no pudieran quejarse de ellos los Mexicanos; pero mientras parecia esmerarse en la conservacion de la paz, agitaba en su mente pensamientos temerarios, nada favorables á ella: y como para madurarlos era necesario, ántes de todo, informarse por sí mismo del estado de las fortificaciones de la capital, y de las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rey de ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Concediólo benignamente Moteuczoma, no teniendo la menor sospecha del astuto general, ni previendo los resultados de su demasiado fácil indulgencia. Vieron, pues, los españoles cuanto quisieron, hallando en todas partes grandes motivos de estrañeza y de admiracion.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEXICO.

Estaba entónces la ciudad de México, situada, como hemos dicho, en una isla pequeña del lago de Texcoco, á quince millas al Poniente de esta capital, y á cuatro de Tlacopan, por la parte opuesta. Se pasaba del continente á la isla por tres grandes calzadas de tierra y piedra, construidas á propósito sobre el lago: la de Iztapalapan, á Mediodía, de siete millas de largo; la de Tlacopan, á Poniente, de cerca de dos millas, y la de Tepeyacac (1), al Norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podian ir por ellas diez hombres á caballo, de frente.

Ademas, habia otra algo mas estrecha, para los dos acueductos de Chapultepec. El

(1) Robertson pone en lugar del camino de Tepeyacac, el de Texcoco, el cual, cuando describe á México, lo sitúa al Nordeste, y cuando habla de la distribucion del ejército español, durante el asedio, á Levante, habiendo ya dicho que hácia Levante no habia camino sobre el lago; pero lo cierto es que no hubo, ni pudo haber nunca camino alguno sobre el lago de México á Texcoco, por la gran profundidad de su lecho en aquella parte, y en caso que hubiese alguno, no seria de tres millas, sino de quince, que es la distancia entre ambos puntos.

circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de mas de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, á lo ménos (1). Estaba dividida en cuatro cuarteles, y cada cuartel en muchos barrios, cuyos nombres mexicanos se conservan aun entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes á las cuatro puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel, llamado *Tecpan*, y hoy S. Pablo, comprendia toda la parte de la poblacion que estaba entre las dos calles correspondientes á las puertas meridional y oriental. El segundo, *Moyotla*, hoy S. Juan, la comprendida entre las calles meridional y occidental. El tercero, *Tlaquechiuhcan*, hoy Santa María, la comprendida entre las calles occidental y setentrional. El cuarto, *Atzacualco*, hoy S. Sebastian, la comprendida entre las calles setentrional y oriental. A estas cuatro partes, en que fué dividida la ciudad desde su fundacion, se agregó despues, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando por las conquistas del rey Axayacatl, unida á la de Tenochtitlan, y compuesta de todas ellas la capital del imperio mexicano.

Habia al rededor de la ciudad muchos diques y esclusas, para contener las aguas en

[1] Torquemada afirma que la poblacion de la capital era de 120.000 casas; pero el conquistador anónimo, Gomara, Herrera y otros escritores, convienen en el número de 60.000 casas, y no de 60.000 habitantes, como dice Robertson, pues no hay autor antiguo que la estime tan pequeña. Es cierto que en la traduccion italiana del conquistador anónimo se traduce 60.000 habitantes por 60.000 vecinos, debiendo decir *fuegos*; pues de otro modo se diria que Cholula, Xochimilco, Iztapalapan y otras ciudades, eran mas populosas que México. Pero en el referido número no se comprendian los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera y de Bernal Diaz del Castillo, que hácia Poniente continuaban las casas, por una y otra parte del camino de Tlacopan, hasta tierra firme; lo que forma un espacio de dos millas. Los otros arrabales eran Aztacalco, Acatlan, Malcuitlapilco, Atenco, Iztacalco, Zancopinca, Huitznahuac, Xocotitlan, Coltonco y otros. Probablemente Torquemada incluyó en su cálculo los arrabales; pero aun de este modo me parece excesivo el número de 120.000 casas.

caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas había barrio por el cual no se pudiese transitar en barco; lo que no menos contribuía á hermosear la poblacion, que á facilitar el trasporte de los víveres y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo á los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y derechas. De las otras había algunas que no eran mas que canales; muchas empedradas y sin agua, y no pocas que tenían en medio una acequia entre dos terraplenes, que servían á la comodidad de los pasajeros, y á descargar las mercancías, ó en su lugar, plantíos de árboles y flores.

Entre los edificios, además de los muchos templos y palacios de que se ha hablado, había otros palacios ó casas grandes, construidas por los señores feudatarios para su habitacion, en el tiempo en que se les obligaba á residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto sobre las de los pobres, había azoteas con sus parapetos, y en algunas, almenas y torres, aunque mas pequeñas que las de los templos; así que, los templos, las calles y las casas, eran otros tantos medios de defensa para los habitantes.

Además de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacia el mercado principal, había otras menores distribuidas por toda la ciudad donde se vendían las provisiones de boca mas comunes. En otros puntos había fuentes y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines plantados, los unos al nivel de la tierra, y otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios, primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los vergeles y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del templo mayor, el cual, no solo dominaba la poblacion de la corte, sino los lagos y las bellas y grandes ciudades de sus bordes. No menos mara-

villados quedaron al ver los palacios reales, y la variedad infinita de plantas y animales que en ellos se criaban; mas nada los dejó tan atónitos como la gran plaza del mercado. No hubo español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habían viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Diaz, no haber visto jamás en ninguna plaza del mundo, ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercancías, ni tanta regularidad y órden en el conjunto.

DESAHOGOS DEL CELO DE CORTES POR LA RELIGION.

Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey, que se les había anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algun atentado contra sus ídolos. Después de haber observado desde aquella altura la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios, y él lo concedió, habiendo ántes consultado á los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles, y contemplaron, no sin compasion ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos, y el horrendo estrago que en ellos hacia la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entónces á Moteuczoma, le dijo: “Me maravillo, señor, que un monarca tan sabio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio.” “Si yo hubiese sabido, respondió, que debiais hablar con tanto desprecio de nuestros númenes, no hubiera cedido jamás á vuestras instancias.” Cortés, viéndolo tan enojado, se escusó como pudo, y se despidió para retirarse á sus cuarteles. “Id en buena hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias.”

A pesar de este disgusto obtuvo Cortés del rey, no solo el permiso de construir dentro del recinto de sus cuarteles una capilla en honor del verdadero Dios, sino tambien los materiales y operarios para la fábrica, en la cual se celebró el santo sacrificio de la misa, mientras duró la provision de vino, y diaria-



MOTEUCZOMA II.

Ultimo rey de México antes de la Conquista

mente concurrían á ella los soldados á encomendarse á Dios. Plantó además en el patio principal una cruz, á fin de que los Mexicanos viesen la suma veneración en que los españoles tenían aquel santo instrumento de la redención del linaje humano. Quiso después consagrar al culto del verdadero Dios el templo mismo de Huitzilopochtli; pero lo detuvo el miedo del rey y de los sacerdotes, aunque lo consiguió más tarde, habiendo aumentado su autoridad de resultas de la prisión del rey, y de otras acciones no ménos temerarias, que referiré muy en breve. Despedazó los ídolos que allí se veneraban, hizo limpiar el santuario, colocó en él un Crucifijo y una imagen de la Madre de Dios [1]; y arrodillado delante de aquellos simulacros, dió gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarlo en aquel lugar, que por tanto tiempo había sido consagrado á la más abominable y cruel idolatría. Este mismo celo lo indujo á repetir muchas veces á Moteuczoma sus razonamientos sobre las santas verdades de nuestra fe; y aunque aquel monarca no estaba dispuesto á abrazarlas, sin embargo, movido por sus argumentos mandó que no se sacrificasen más víctimas humanas, y aunque no complaciese al general español en renunciar á su creencia, siguió tratándolo con cariño, y no pasaba día en que no hiciese nuevas finezas y regalos á los españoles. La orden que dió á los sacerdotes acerca de los sacrificios no fué observada con rigurosa puntualidad, y la gran armonía que reinaba entre Cortés y Moteuczoma fué turbada por el inaudito atentado que voy á referir.

PRISION DE MOTEUCZOMA.

No habían pasado más de seis días después de la entrada de los españoles en Mé-

[1] La imagen de la Virgen que colocó Cortés en aquel santuario, se cree ser la misma que en la actualidad se venera con el título de los Remedios ó del Socorro, en un magnífico templo, á ocho millas de la capital hácia Poniente. Se dice que la llevó consigo á México un soldado de Cortés llamado Villafuerte, y que el día después de la terrible noche en que fueron

xico, cuando viéndose Cortés aislado en medio de un pueblo inmenso, y conociendo el peligro en que se hallaba su vida y la de los suyos, si mudaba de sentimientos el rey, como podía suceder, llegó á persuadirse que no podía adoptar otro medio para su seguridad, que el de apoderarse de la persona de aquel soberano; pero siendo esta una medida tan opuesta á la razón, como al respeto, y al agradecimiento que le debía, buscó pretextos para aquietar su conciencia, y poner á cubierto su honor [1], y no halló otro que pudiera convenirle sino la revolución de Veracruz, cuya noticia, que recibió en Cholula, había tenido hasta entonces reservada en su pecho. Queriendo, pues, en fin, sacar partido de ella, la comunicó á sus capitanes, para que seriamente pensasen en los medios que podrían libertarlos de tantos peligros;

derrotados los españoles, la escondió en el sitio en que se encontró algunos años después, que es el mismo en que hoy se venera.

(1) Que el intento de Cortés era apoderarse de cualquier modo de la persona de Moteuczoma, y que la revolución de Veracruz no era más que un pretexto para cubrir su designio, se infiere claramente de su carta á Carlos V, de 30 de octubre de 1520. "Pasados, invictísimo príncipe, seis días después que en la gran ciudad de Temistitan entré [debia decir *Tenochtitlan*], y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, según lo que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad, que aquel señor [Motezuma] estuviera en mi poder, y no en toda su libertad; porque no mudase el propósito que mostraba en servir á V. A., mayormente que los españoles somos algo incomportables é importunos, é porque enojándose, nos podía hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder; é también, porqué teniéndole conmigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas, vendrían más ai na al conocimiento y servicio de V. M., como después sucedió." Todavía descubre con mayor claridad su intento en otro pasaje de la misma carta, citando otra que había escrito al mismo Carlos V desde Veracruz. "Certifiqué á V. A. que lo habría (á Motezuma) ó preso, ó muerto, ó súbdito á la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal." Ahora bien, cuando Cortés salió de Cempoala, no habían ocurrido los sucesos de Veracruz, ni había recibido agravio alguno del rey, sino más bien finezas singulares, y magníficos presentes.

y para justificar la temeridad que pensaba, y obligar á los españoles á prestarse á ella, mandó llamar á muchas personas principales de los aliados (cuyo testimonio debía ser sospechoso, á causa de su enemistad con los Mexicanos), y les preguntó si habian observado alguna novedad en la conducta de los habitantes de aquella corte. Ellos respondieron que la plebe estaba divertida en los regocijos públicos que el rey habia dispuesto para solemnizar la llegada de tan nobles extranjeros; pero que en la nobleza se notaba cierto aspecto sospechoso, y entre otras cosas, habian oido decir á sus individuos que seria fácil levantar los puentes de los canales, lo que indicaba alguna conspiracion secreta contra los españoles.

Tan grande era la inquietud de Cortés, que no pudo dormir aquella noche, y la pasó dando vueltas, pensativo y agitado, por sus cuarteles. Una centinela le notificó entonces que en una de las cámaras habia una salida tapada con una pared que parecia recién hecha. Cortés la hizo abrir, y halló muchas piezas en que estaba depositado el tesoro del rey Axayacatl. Vió allí muchos ídolos; una gran cantidad de alhajas de oro, plata y piedras preciosas; ricos tejidos de pluma y algodón, y otros objetos que pagaban á la corona los pueblos tributarios, ó que regalaban los señores feudatarios á su soberano. Despues de haber examinado átonito tantas riquezas, mandó hacer de nuevo el muro, dejándolo todo en el mismo estado en que se hallaba.

En la mañana siguiente reunió á sus capitanes, les representó las hostilidades cometidas por el señor de Nauhtlan contra la guarnicion de la Veracruz, y contra los Totonacas sus aliados; escesos que, segun decian estos, no se hubieran llevado á efecto sin la orden ó el permiso del rey Moteuczoma. Espúsoles con la mayor energía el gravísimo peligro en qué se hallaban, y les declaró su designio, exagerando las ventajas que debian aguardarse de su ejecucion, y disminuyendo los funestos resultados que podia tener. Hubo variedad en los dictámenes de los otros

gefes. Los unos desaprobaban el proyecto como impracticable y temerario, diciendo que seria mejor pedir licencia al rey para retirarse de la corte; pues el que con tantas instancias y regalos habia procurado disuadir á Cortés de su resolucion de ir á México, fácilmente les daria permiso de salir de allí. Los otros creian necesaria la salida; pero opinaban que debia hacerse de pronto y en secreto, para no dar ocasion á que los Mexicanos pusiesen por obra alguna perfidia. Sin embargo, la mayor parte de ellos, inducidos de antemano, como es de creerse, por el mismo general, se adhirieron á su voto, oponiéndose á los otros, como vergonzosos y mas arriesgados. “¿Qué se dirá de nosotros, preguntaban, viéndonos salir intempestivamente de una corte, donde con tantas honras hemos sido acogidos? ¿Habrá quien no crea que el miedo es el que nos pone espuelas? Y si perdemos la reputacion de valientes, ¿qué seguridad podemos prometernos? ¿Qué no harán con nosotros, en los puntos del territorio mexicano, ó del de nuestros aliados, por donde tengamos que transitar, cuando ya no los detenga el respeto de nuestras armas?” Tomóse finalmente la resolucion de apoderarse de Moteuczoma en su palacio, y de llevarlo preso á las cuarteles: proyecto bárbaro y extravagante, sugerido por el temor de los males que podrian sobrevenirles, ó por la esperiencia de su propia felicidad, que, mas que ninguna otra consideracion, estimula á los hombres á acometer las mas arduas empresas, y frecuentemente los arroja á los mas hondos precipicios.

Para la ejecucion de tan peligroso atentado puso Cortés en arma á toda su tropa, y la distribuyó en los puntos convenientes. Mandó á cinco de sus capitanes, y á veinticinco de sus soldados, en quienes mas confianza tenia, que se dirigiesen de dos en dos á palacio; pero de tal modo, que acudiesen todos á un tiempo, y como si fuese por casualidad: él se encaminó al mismo punto, con su intérprete Doña Marina, obtenido ántes el beneplácito del rey, á la hora en que solia visitarlo. Fué introducido con los

otros españoles en la sala de la audiencia, donde Moteuczoma, léjos de pensar lo que iba á suceder, los recibió con la misma amabilidad que siempre. Mandóles tomar asiento, les regaló algunos efectos de oro, y ademas presentó á Cortés una de sus hijas. Cortés, despues de haberle significado con las mas urbanas espresiones su gratitud, se escusó de aceptarla, alegando que estaba casado en Cuba, y que segun la ley divina de los cristianos, no le era lícito tener dos mugeres; pero al cabo la admitió en su compañía, por no disgustarlo, y con el objeto de reducirla al cristianismo, como lo verificó en efecto. A los otros capitanes dió tambien algunas hijas de los señores Mexicanos, que tenia en su serrallo. Hablaron despues algun rato sobre varios asuntos; pero viendo Cortés que la conversacion lo distraia de su intento, dijo al rey que aquella visita tenia por objeto darle parte de la conducta del señor de Nauhtlan, su vasallo: quejose de las hostilidades que habia cometido contra los Totonacas, solo por su amistad con los españoles; de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, de la muerte del gobernador Escalante y de seis soldados de aquella plaza. “Yo, dijo, debo dar cuenta á mi soberano de la muerte de estos hombres, y para poder satisfacerlo dignamente, he hecho varias indagaciones acerca de un procedimiento tan irregular. Todos os inculpan, como al principal autor de aquellos sucesos; mas yo estoy léjos de creer tanta perfidia en tan gran monarca, cual seria la de tratar como enemigo en aquella provincia, al que al mismo tiempo colmais de favores en la corte.” “No dudo, respondió Moteuczoma, que los que me atribuyen la guerra de Nauhtlan sean los Tlaxcaltecas, mis eternos enemigos; pero yo os protesto que no he tenido en ella el menor influjo. Cuauhpopoca ha obrado sin orden mia: ántes bien contra mis intenciones; y á fin de que os conste la verdad, lo haré venir inmediatamente á la corte, y lo pondré en vuestras manos.” Llamó en seguida á dos de sus cortesanos, y entregándoles una joya, en

que estaba esculpida la imágen del dios de la guerra, que siempre llevaba pendiente del brazo, y servia en vez de sello para la ejecucion de sus mandatos, les mandó que se dirigiesen con la mayor celeridad posible á Nauhtlan, y de allí condujesen á la corte á Cuauhpopoca, y á las otras personas principales que habian contribuido á la muerte de los españoles, autorizándolos á listar tropas, y apoderarse de ellos por fuerza, en caso de negarse á obedecer sus órdenes.

Los dos cortesanos partieron sin tardanza para poner en cumplimiento su comision, y el rey dijo á Cortés: “¿Qué mas puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?” “No dudo de ella, respondió Cortés; mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de que el atentado de Nauhtlan se ha ejecutado por orden vuestra, necesito una demostracion extraordinaria, que haga manifiesta la benevolencia con que nos mirais. Ninguna me parece mas conveniente á este fin, que la de que os digneis venir á vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos, y por su confesion se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer á nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos, y para ponernos á cubierto, bajo la sombra de vuestra magestad.” A pesar de las palabras artificiosas con que procuró Cortés dorar su atrevida é injuriosa pretension, el rey la penetró inmediatamente, y se turbó. “¿Dónde se ha visto, dijo, que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo consintiese en envilecer de ese modo mi persona y mi dignidad, ¿no tomarian las armas al instante todos mis vasallos para libertarme? No soy yo hombre de los que pueden esconderse y huir á los montes. Sin someterme á tal infamia, aquí estoy pronto á satisfacer vuestras quejas.” “La casa, señor, á que os convidamos, dijo entonces Cortés, es uno de vuestros palacios, y vuestros súbditos, acostumbrados á veros mudar de residencia, no podrán estrañar que paseis á la de vuestro difunto padre Axayacatl, bajo el pretexto de darnos este nuevo testimonio de amistad. En caso de que intenten algo con-

tra vuestra persona, ó contra nosotros, tenemos valor, brazos fuertes, y armas poderosas para reprimir su temeridad. Por lo demas, yo empeño mi palabra que sereis honrado por nosotros, y servido, como por vuestros súbditos." El rey perseveró en su repugnancia, y Cortés en su pretension, hasta que uno de los capitanes españoles, demasiado atrevido é inconsiderado, llevando á mal que se retardase la ejecucion de aquel designio, dijo en tono colérico, que se dejasen las palabras, y que seria mejor llevarse al rey por fuerza, ó quitarle la vida. Moteuczoma, que en el semblante del español conoció su intento, preguntó á Doña Marina qué decia aquel furioso extranjero. "Yo, señor, respondió ella con discrecion, como súbdita vuestra, deseo vuestra ventura, y como confidente de estos hombres, poseo sus secretos, y conozco su índole. Si os dignais hacer lo que solicitan, sereis tratado por ellos con todo el honor y distincion que se debe á vuestra real persona; mas si persistís en vuestra determinacion, corre peligro vuestra vida." Aquel infeliz monarca, que desde la primera llegada de los españoles se habia dejado dominar por un terror supersticioso, y cuya pusilánimidad aumentaba de dia en dia, viéndose en tanto apuro, y creyendo que ántes que llegasen sus guardias, podria haber perecido á manos de aquellos hombres tan osados y resueltos, cedió finalmente á sus instancias. "Quiero, dijo, fiarme de vos: vamos, vamos, pues que los dioses lo quieren así;" y dando orden de que se le preparase la litera, se puso en ella para ir á los cuarteles de los españoles.

No dudo que los lectores sentirán al leer, y al considerar las circunstancias de este extraordinario suceso, el mismo disgusto que yo experimento al referirlo; mas en este, no ménos que en otros acaecimientos de nuestra historia, es necesario levantar la mente al cielo, y reverenciar con el mas profundo respeto los altísimos consejos de la Divina Providencia, que se valió de los españoles como de instrumentos de su justicia, y de su misericordia, castigando en algunos la su-

persticion y la crueldad, é iluminando á los otros con la luz del Evangelio. No cesaremos de inculcar este principio, ni de dar á conocer, aun en las acciones mas irregulares de las criaturas, la bondad la sabiduría, y la omnipotencia del Criador.

Salió finalmente Moteuczoma de su palacio, para no volver á entrar mas en sus muros, protestando al mismo tiempo á sus cortesanos, que por ciertos motivos que habia consultado ya con los dioses, se iba por su gusto á vivir algunos dias con aquellos extranjeros, y mandándoles que lo publicasen así por toda la ciudad. Iba con todo el tren y magnificencia que solia llevar consigo, cuando se dejaba ver en público, y los españoles marchaban á su lado guardándolo, con pretesto de honrarlo. Divulgóse inmediatamente por la ciudad la noticia de tan extraordinario suceso, y concurrió en tropel el pueblo á presenciarlo: los unos lloraban enternecidos, y los otros se arrojaban al suelo como desesperados. El rey procuraba aquietarlos, significándoles el placer con que iba á residir entre sus amigos; pero temiendo algun alboroto, dió orden á sus ministros de despejar el camino de la plebe, é impuso pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Llegado á los cuarteles, acogió con suma benignidad á los españoles que salieron á su encuentro, y tomó por su alojamiento la habitacion que mas le acomodó, y que fué muy en breve amueblada por su servidumbre con finos tapetes de algodón y de plumas, y con los mejores muebles del real palacio. Cortés puso guardia á la puerta de aquella habitacion, y dobló la ordinaria de los cuarteles. Intimó á todos los españoles y aliados que tratasen y sirviesen al rey con el respeto debido á su alto carácter, y permitió que entrasen á visitarlo cuantos Mexicanos quisiesen, con tal de que fuesen pocos á la vez: así que, Moteuczoma no carecia de nada de lo que tenia en su palacio, sino de libertad.

VIDA DEL REY EN LA PRISION.

Daba Moteuczoma libremente audiencia á sus vasallos, oia sus preguntas, pronunciaba sentencias, y gobernaba el reino con la ayuda de sus ministros y consejeros. Servíanlo sus criados con la diligencia y puntualidad acostumbradas. Asistíanlo á la mesa una muchedumbre de nobles, distribuidos de cuatro en cuatro, llevando en alto los platos, para mayor ostentacion. Despues de haber escogido lo que le gustaba, distribuia lo demas entre los españoles que lo guardaban, y los Mexicanos de su servidumbre. No satisfecha con esto su generosidad, hacia frecuentes y magníficos regalos á los españoles. Cortés, por su parte, mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetasen como debian, que mandó dar de palos á uno de ellos por haberle respondido con aspereza, y lo habria mandado ahorcar, segun afirman los historiadores, si el mismo rey no hubiera intercedido en favor del reo. Mas si este era digno de tan severo castigo, por haber faltado con su respuesta al respeto debido á la magestad del monarca, ¿qué pena merecia él, que lo habia privado enteramente de su libertad? Cada vez que Cortés iba á visitarlo, le hacia los mismos acatamientos y ceremonias, que cuando estaba en su palacio. Para distraerlo en su prision, mandaba á sus soldados hacer ejercicios de armas, ó jugar en su presencia, y el mismo rey se dignaba tambien jugar con él, ó con el capitán Alvarado, á un juego que los españoles llamaban *bodoque*, y mostraba placer en perder, para tener nuevos motivos de ejercer su liberalidad. Despues de comer, perdió en una ocasion, cuarenta pedazos de oro en bruto, que formaban, segun conjeturo, ciento y sesenta onzas á lo ménos. Así disipan fácilmente sus riquezas los que las han adquirido sin fatiga.

Viendo Cortés la liberalidad, ó por mejor decir, la prodigalidad del rey, le dijo un dia que algunos soldados atrevidos habian tomado del tesoro de su defunto padre Axayacatl, unos pedazos de oro, mas que ya habia mandado reponerlos donde estaban.

"Con tal que no toquen, dijo el rey, á las imágenes de los dioses, ni á lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso, los españoles sacaron de aquel depósito mas de mil vestidos de algodón. Cortés mandó restituirlos; pero Moteuczoma se opuso, diciendo que jamas volvia á tomar lo que habia dado. Quiso además el general español que se arrestasen otros soldados que del mismo tesoro habian tomado cierta cantidad de liquidámbar, mas á petición del rey, fueron puestos en libertad. No contento con prodigar sus riquezas á los extranjeros, presentó á Cortés otra de sus hijas, que él aceptó para casarla con Cristóbal de Olid, maestro de campo de las tropas españolas. Esta princesa, como la otra que habia Moteuczoma dado ántes, fué prontamente instruida y bautizada, sin que su padre hiciese la menor oposicion.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey, descubierta, no solo en tan extraordinarias demostraciones de liberalidad, sino tambien en el placer que tenia de tratar con los españoles, le concedió, despues de algunos dias de prision, licencia para salir de los cuarteles, y lo exhortó á que fuese, cuantas veces quisiese, á divertirse en la caza, ejercicio á que era aficionadísimo. No rehusó el envilecido monarca aquel uso miserable de su libertad; pues salia muchas veces, é iba ó á los templos á practicar sus devociones, ó al lago á cazar aves acuáticas, ó al bosque de Chapultepec, ú otro sitio de recreo, siempre guardado por un buen número de soldados españoles. Cuando iba al lago, lo escoltaban muchas barcas, y dos bergantines que mandó hacer Cortés, poco despues de su entrada en aquella capital (1). Cuando iba á los bosques, lo acompañaban dos mil Tlaxcaltecas, además de la numerosa comitiva de Mexicanos que lo servian continuamente; mas nunca pasaba la noche fuera de su alojamiento.

(1) Para esponer de una vez la vida de Moteuczoma en la prision, cito algunos sucesos posteriores á los que voy á referir.